

Sísifo

La Relación con Guatemala

POR LORENZO MEYER

NO hay duda que muchas veces el gobierno mexicano —y con él todos nosotros— parece condenado a vivir el infierno de Sísifo, ese hijo de Eolo que debía subir una gran roca a la cima de una montaña sólo para verla rodar al pie de la misma y tener que volver a empezar una tarea sin fin. Entre nosotros, los casos en que el logro de una dependencia es destruido por otra son, desafortunadamente, muy comunes. Un caso particularmente frustrante es el de la política con Guatemala.

La relación de México con el país vecino del sur no ha sido fácil, incluso se puede decir que los tiempos malos han sido más que los buenos. Ahí la efímera y problemática unión con México en 1822 y luego el problema creado por la anexión de la provincia de Chiapas —con todo y el Soconusco— a México.

★

LA delimitación de la frontera de México con Guatemala llevó años y fue extremadamente difícil. Como bien señala Luis G. Zorrilla, la negociación del tratado de límites con nuestro vecino del sur —que se firmó hasta 1882, es decir 59 años después de que Centroamérica se separara de México— "fue para Guatemala un episodio patético que le deja una amargura insondable". El problema fronterizo entre Guatemala y Belice —y en el que México entró de refilón aduciendo derechos sobre una parte de ese territorio de habla inglesa— tampoco contribuyó a borrar los resentimientos.

México y Guatemala com-

parten desde el principio de su vida independiente el enorme problema de crear una nacionalidad en una sociedad dividida profundamente por una gran concentración de la riqueza y por las barreras raciales. El siglo XIX de ambos países es la terrible lucha entre liberales y conservadores, punteada por rebeliones indígenas. La unificación física de México por los ferrocarriles porfiristas y la incorporación política de las masas rurales y del naciente proletariado por los gobiernos que surgieron de la Revolución de 1910, sentaron las bases en nuestro

país para resolver de manera relativamente satisfactoria el problema de la nacionalidad. En Guatemala, en cambio, este camino se clausuró al frustrarse en 1954 el intento de modernización política y social iniciado diez años antes a raíz de la caída de la dictadura del general Jorge Ubico. El derrocamiento de Jacobo Arbenz por Castillo Armas con apoyo norteamericano fue un duro golpe a la política interamericana deseada por México y el principio de un nuevo viacrucis para Guatemala.

★

LAS semillas del actual movimiento guerrillero de izquierda guatemalteco se sembraron en los años cincuenta y sesenta. La brutalidad de los gobiernos militares —fanáticamente anticomunistas y herederos de la mentalidad colonial del criollo— que desde entonces se hicieron cargo de combatir la insurgencia, no crearon el ambiente propicio para que México pudiera poner en marcha una política que mejorara, en la medida en que eso sea posible, la relación con Guatemala. Además, la acción antiguerrillera del Ejército guatemalteco metió de lleno el problema social y político del país vecino en el nuestro por la vía de los refugiados. Las acciones del Ejército guatemalteco en suelo mexicano contra algunos de esos refugiados fueron más frecuentes de lo que en su momento se creyó, y el gobierno mexicano se las vio negras para mantener estos hechos de violación de nuestro territorio alejados del debate político interno de nuestro país.

Por otro lado, la relativa neutralidad de los gobiernos militares guatemaltecos del conflicto actual entre Nicaragua y sus vecinos fue un factor positivo para la política mexicana en la región centroamericana. Este hecho, aunado a otro aún más importante: el arribo al poder por la vía electoral de un gobierno civil encabezado por Vinicio Cerezo, abrieron otra vez la oportunidad cerrada en 1954 para un mejoramiento real de la relación mexicano-guatemalteca. La Secretaría de Relaciones Exteriores aprovechó la oportunidad. Renovó su equipo en Guatemala y le imprimió un sello de activismo que parece haber dado buen resultado, pues las relacio-

Sísifo.- La Relación con Guatemala

Sigue de la página siete

nes oficiales políticas y culturales, y quizá las económicas, van ahora por un buen camino. Pero desgraciadamente aquí entra Sísifo y hay que sacarlo.

Es muy difícil cambiar la actitud de resentimiento de muchos guatemaltecos hacia México en tanto que las autoridades mexicanas apostadas en la frontera sur sigan extorsionando a la vista de todos a esos guatemaltecos y centroamericanos que tienen la desgracia de cruzar por

tierra la frontera de nuestro país. Y lo anterior, según me dicen quienes de esto saben, vale lo mismo para las autoridades de Migración que para las de Aduanas y —no podían faltar— para las Policías Federal de Caminos y la local del estado de Chiapas. Y no es sólo el hacer de los vecinos que cruzan un gran negocio (el que menos, le saca cinco o diez dólares), sino también la casi inevitable prepotencia que va unida a la corrupción. Y de esta prepotencia no se

salvan en algunos casos ni militares, congresistas y funcionarios guatemaltecos. La tan mentada "renovación moral" de este sexenio parece no haber llegado a la frontera sur (y por lo que se sabe de la policía de Tijuana, tampoco a la norte). Y mientras esto siga siendo así, no podrá haber una relación digna y caracterizada por la buena voluntad con Guatemala.

★

ASI pues, las partes oscuras de las Secretarías de Gobernación, Hacienda, Comunica-

ciones y del gobierno de Chiapas —es decir, sus policías o cuasi policías— deshacen con una "mordida" o una insolencia aquel avance que hubieran podido lograr las políticas de cooperación puestas en marcha por las partes "ilustradas" de la alta burocracia gubernamental.

En fin, todo indica que para cambiar la mala imagen que de México existe en Guatemala y, en menor medida, en otros países centroamericanos, lo primero es cambiar nosotros mismos. Ojalá podamos lograr del siguiente gobierno

—y, desde luego, debemos exigirselo desde ahora y a voz en cuello, y no como graciosa concesión, sino como obligación— que todo el esfuerzo que en este sexenio se invirtió en el discurso en torno a la "renovación moral" se invierta ahora en llevarla verdaderamente a la práctica. Sólo diciendo menos y haciendo mucho más en materia de moralización y profesionalización de los servidores públicos podrá nuestro gobierno mejorar de manera significativa su relación con el pueblo guatemalteco... y de paso con el mexicano.